

DINÁMICAS DE UNA RESISTENCIA CANTADA¹

“Una sola golondrina no llama agua”

Juan Ventes²

* Tatiana Roa Avendaño³ y Jessica Toloza⁴

El viaje no acaba aún. Pareciera que la navegación por el Pacífico Sur culminó con las últimas actividades realizadas en Tumaco. Sin embargo, los debates, discusiones y denuncias que se generaron en medio de la presentación y advertencia sobre los megaproyectos, que marginan y desangran los territorios, han hecho de esta campaña por la vida y la libertad un encuentro con los rezagos de la esclavitud y la marginación vigente. Íbamos como aves migratorias, de puerto en puerto, escuchando un mundo adolorido. Concientes de que el relato debía ser confirmado por los protagonistas de este escrito: hombres y mujeres campesinas, víctimas de la injusticia y el atropello, pero alegres como la vida.

Construimos con ellos un fuego fraterno, una barcaza en donde se comía por igual y se cantaba o se tarareaba en disonancia. Fuimos familia y fraternidad, a pesar de nuestras diversas procedencias (Buenaventura, Bogota, Bahía Málaga, Ladrilleros, Cali, Salahonda, Guapi, Timbiqui y Tumaco) y diferentes oficios. Conciliamos visiones y sueños por una sola causa: tomarnos la palabra y relatar los desmanes e injusticias que asolan y destierran al pueblo afro, como resultado de las políticas y prácticas discriminatorias del capitalismo, que como lo escribe Bolívar Echeverría, “implica el fenómeno de la enajenación del sujeto humano, de la suspensión de su capacidad de auto reproducirse, de generar formas para sí mismo”⁵.

Esta “Navegación por el Pacífico Sur” fue promovida conjuntamente por el Proceso de Comunidades Negras (PCN) y CENSAT Agua Viva, Amigos de la Tierra Colombia, con el objetivo de difundir entre las comunidades locales la Campaña en resistencia a los agrocombustibles: Llenando Tanques, Vacando Territorios. Este recorrido “pacífico” por el Pacífico, iniciado en el Puerto de Buenaventura el 28 de septiembre de 2007 y culminado en Tumaco el 8 de octubre de este mismo año, evidenció la realidad que los pueblos afro descendientes tienen que afrontar ante el continuo asedio de megaproyectos que amenazan con su soberanía, su libertad y su territorio, en especial la agroindustria, escenificada en el monocultivo de palma aceitera de origen africano en la región.

Las múltiples inquietudes y problemáticas evidenciadas durante el recorrido, no sólo dejan un sinsabor de impotencia y desolación, sino que hacen urgente la ejecución de futuros ejercicios que permitan reforzar la articulación entre estas comunidades alrededor del análisis y diseño de estrategias locales y regionales para la defensa del territorio, vinculando de este modo a toda la población afrodescendiente del Pacífico Sur dentro de una perspectiva que profundice los Planes y Proyectos de Vida autónomos, que hagan énfasis en las propias capacidades de investigación y conocimiento, que pugnen por el fortalecimiento de las culturas y por la valoración de los saberes ancestrales.

1 Artículo publicado en el libro *Agrocombustibles: "Llenando tanques, vaciando territorios"*, 2008, Proceso de Comunidades Negras – PCN y Censat Agua Viva. ISBN 978-958-97996-3-5, Pág.: 181 - 192

2 Integrante de la Navegación por el Pacífico sur, viejo marino y campesino de Guapi (Cauca).

3 Directora de CENSAT Agua Viva, Amigos de la Tierra Colombia. totuma07@yahoo.com

4 Estudiante de antropología de la Universidad Nacional de Colombia. Email: chorpatelic@gmail.com

5 Bolívar Echeverría. Cultura y barbarie. www.bolivare.unam.mx/ensayos/barbarie.html

En este sentido, el posicionamiento político de estas comunidades se concentraría “en la capacidad que tiene el ser humano de decidir sobre sí mismo, sobre sus formas de convivencia. Capacidad que se ejerce necesariamente en un proceso de adquisición de una consistencia concreta para su vida cotidiana, de creación de identidades”⁶. Se refuerza, así, el conocimiento de sus derechos y herramientas jurídicas, a las cuales pueden apelar dentro de la construcción de propuestas alternativas, asumiendo su ancestralidad y cultura; constituyéndose esto como un mecanismo de cohesión de un pueblo y una cultura en riesgo. Pues como diría el tío Juan de Guapi “una sola golondrina no llama agua”.

El Pacífico Sur no es sólo un espacio geográfico, es un universo y una palabra que se reitera a orillas del río. En este universo se sigue contando a través del canto lo que se piensa y lo que se pensó en algún tiempo sobre la marimba: “el diablo es... la marimba”, dice la canción. Ahora, después de palpar y conocer las tierras del río y del mar, se podría pensar que el único diablo del Pacífico Sur es la presencia avasallante e indiscriminada de una lógica de desarrollo que se expresa en los megaproyectos, caracterizados por su fuerte componente de racismo ambiental e indiferencia por las comunidades y sus culturas. Estos obedecen a una lógica de destrucción del patrimonio natural y difuminación de la autonomía cultural; a su vez, esta lógica desterritorializa a comunidades históricamente empobrecidas y rebajadas dentro del imaginario idiosincrático nacional.

Ahí viene el diablo... y no es la marimba

Con el decir del desarrollo se deja ver la sombra de los megaproyectos que han empezado a nombrarse en la región, como se nombra a un fantasma o a un hombre armado; han dado la alerta a las distintas organizaciones y concejos comunitarios que pueblan toda la región. Estas propuestas de desarrollo generadas desde el gobierno colombiano por iniciativa de instituciones multinacionales (CAF, BID y FONPLATA), sin consultar ni priorizar los proyectos de etnodesarrollo fraguados desde la tradición y la propia visión de los habitantes de la región, son una clara estrategia de despojo y desterritorialización; son un mecanismo que arrebató el derecho que corresponde a los afrocolombianos de definir sus propias formas de vida, despreciando la Ley 70 de 1993 y el Decreto 1320 de 1998 sobre Consulta Previa.

El interés del estado colombiano por territorios ricos en diversidad natural no es gratuito. Capitales y empresas extranjeras trazan el devenir de comunidades enteras, “desarrollan sus políticas basadas en la acumulación histórica del capital para apoderarse del patrimonio genético, intelectual y cultural de los pueblos, y en nombre de la democracia y la civilización instalan y desarrollan los monocultivos”⁷. Estos intereses desconocen a las comunidades, desprecian y anulan sus creencias, prácticas y trabajos, y acondicionan un terreno sin pobladores, es decir, sin campesinos, sin indígenas, sin negros.

Desde las primeras décadas del siglo XX se han otorgado los medios legales para la usurpación de las tierras de los colonos o campesinos, y en este caso específico de las comunidades afrodescendientes. Los métodos coloniales no se han modificado en su esencia: sigue desterrándose al campesino para brindarles garantías jurídicas y económicas a los grandes propietarios, que actualmente se presentan en forma de transnacionales. Un estado que instiga al desalojo o al sometimiento frente a nuevas formas de mercantilización de la vida, y que impone la presencia de grandes empresas multinacionales, únicas beneficiarias de las propuestas gubernamentales, es un estado que impide una relación viable y pacífica entre el territorio y sus gentes. Este fenómeno de

⁶ Bolívar Echeverría. Cultura y barbarie. www.bolivare.unam.mx/ensayos/barbarie.html

⁷ Almendares, Juan. Reflexiones sobre derechos humanos, tortura y tratos crueles inhumanos y degradantes y la justicia ambiental

extracción acelerada y sin remilgos del patrimonio natural, así como su mercantilización, ambas características del lugar que ocupan los países del sur en los mercados globalizados, amenaza de manera dramática toda la riqueza cultural, biológica y ancestral de las comunidades negras del Pacífico Sur colombiano.

Los ejemplos más claros y evidentes que pudimos constatar durante la navegación sobre la asechanza de megaproyectos son el Puerto de Aguas Profundas en Bahía Málaga (Valle del Cauca), construcción que no sólo afectaría los derechos de los pueblos locales a la diversidad cultural, al territorio y a la participación, a través de la consulta previa, sino que comprometería territorios que ya han sido titulados colectivamente. En la comunidad de Bahía Málaga, y por medio de un grupo de jóvenes ambientalistas, se ha liderado un proceso de eco-turismo, desde una perspectiva comunitaria local y no desde la lógica de las agencias de viajes o de los promotores del consumo turista, que impulsa un nuevo consumo de paisajes y culturas. Este proceso busca reivindicar y concienciar a los visitantes de la zona sobre la belleza de sus tradiciones y su territorio, y hacer comprender que existen otras formas de ver el mundo y de relacionarse con la naturaleza. Son estas formas de vida local las que se verían seriamente amenazadas con el proyecto marítimo de un puerto de aguas profundas, además de una soberanía y autonomía tanto alimentaria como territorial que terminaría siendo administrada por foráneos.

Por otro lado, en la región del Gran Patía se cierne la amenaza del megaproyecto de *la acuapista*, que junto con el Puerto de Aguas Profundas de Bahía Málaga hace parte del Proyecto Arquímedes. La estrategia del gobierno con esta propuesta ha consistido en desagregar por partes este proyecto y vincular a los diferentes municipios por donde pasaría. Este megaproyecto articularía a tres departamentos y catorce municipios. La acuapista atravesaría todo el complejo ecosistema de manglares de esta región provocando innumerables daños, como los ya sucedidos con el Canal Naranjo. Este Canal comunica el Río Patía Viejo con la quebrada La Turbia, afluente del río Sanquianga, y fue hecho para agilizar el transporte de las maderas extraídas en la zona. El canal fue construido en los años setenta del siglo XX. Esta construcción ha acelerado la sedimentación del río Patía, haciendo casi imposible su navegación. Recordemos que para los habitantes del Pacífico la única vía de acceso y de comunicación son sus ríos; la pérdida del río Patía no sólo dejaría aislada y marginada a toda una población (más de lo que ya están), también alteraría todo un ecosistema y una cuenca hidrográfica que ha servido de sustento y referencia cultural durante décadas. Los habitantes aun recuerdan cuando el río era ancho y profundo; ahora sólo se escucha el grito “¡¡¡Canalete!!!” que indica la urgencia de salir de los bloques de lodo y tierra que llenan el río.

Proyectos como el de La acuapista, y otros que hacen parte del Proyecto Arquímedes, están articulados a la Iniciativa de Integración Regional para Sur América, IIRSA, que busca la construcción de infraestructura para garantizar la apertura de nuevas rutas comerciales, y así facilitar los procesos de expoliación propiciados por el comercio internacional a través de los Tratados de Libre Comercio y de los Tratados Bilaterales de Inversión. Estos proyectos de infraestructura buscarían agilizar el transporte de mercancías de las grandes empresas y multinacionales, despreciando y marginando, aun más, los comercios y alianzas locales y regionales.

El territorio del Patía está bajo la Asociación de Consejos Comunitarios del Gran Patía, ACAPA, la cual fue una de las primeras Asociaciones a las que titularon colectivamente las tierras que ancestralmente ocupaban los pobladores de esta región; hoy en día tiene 96.000 hectáreas tituladas y abarca tres municipios: Mosquera, Francisco Pizarro-Salahonda y Tumaco, en Nariño. A pesar de estas titulaciones y de la permanencia tradicional de las comunidades negras en la región, se han reportado casos de venta de tierras a personas foráneas de terrenos que hacen parte del título colectivo. Estos terrenos “vendidos” están siendo explotados en prácticas que no son tradicionales en la región, como la ganadería extensiva.

Por otro lado, Guapi es un municipio del Pacífico caucano que está siendo involucrado dentro de la dinámica de los megaproyectos mediante la siembra indiscriminada de la palma aceitera en áreas que hacen parte de terrenos colectivos. La preocupación en Guapi no es sólo de los viejos; los y las jóvenes están preocupados por el megaproyecto que compromete sus tierras en la siembra de palma aceitera durante 60 años: 15 mil hectáreas de las 23 mil que tiene el Consejo Comunitario del Bajo Guapi están comprometidas, amenazando la integridad del territorio al entregar en concesión estas tierras a la empresa palmera Salamanca.

Hay también preocupación de la gente local por la construcción de la Pequeña Central Hidroeléctrica PCH de Brazo Seco. La gente cree que ésta, como otros proyectos, no será para el bienestar de la población sino para garantizar la energía que requiere la agroindustria, violando nuevamente el Decreto 1320 del 1998 sobre Consulta Previa. La hidroeléctrica Brazo Seco amenaza con un impacto ecológico severo en la región. Los guapienses tienen la oportunidad de percatarse de los efectos de la siembra de palma aceitera con el ejemplo dramático de Tumaco. Este último es el municipio con mayor presencia de cultivos de palma en la región del Pacífico Sur, y fue allí donde se iniciaron las siembras.

Se habla de que hoy existen alrededor de 40 mil hectáreas, mientras en 1998 sólo había 18 mil hectáreas; es decir, en menos de 10 años la extensión de cultivo de palma en Tumaco se duplicó. Mientras los campesinos afrocolombianos mantienen una cultura tradicional, basada en la agricultura variada y sostenible, que les permite hacer de su tierra un microcosmos con diversas variedades de plantas y animales, el cultivo de la palma aceitera, según dice la gente, sólo genera esterilidad de la tierra y una mancha uniforme de una planta que homogeniza el paisaje y el territorio, y que ni siquiera se puede comer. Tan es así, que una mujer asistente a la reunión de los Consejos Comunitarios dijo: “la palma aceitera es egoísta, porque no deja producir otra cosa, quien la cultiva no vuelve a tener plátano, papa china, frutales, nada, nada, por eso digo que la palma aceitera es egoísta”.

Charo Mina, una líder del PCN que vive en EEUU y participó en la navegación, escribió: “Las comunidades expuestas al cultivo de palma en el área de Tumaco han experimentado los devastadores efectos ambientales, sociales y culturales de su presencia a través de la expropiación (en muchos casos violenta), la contaminación de aguas, la pérdida de prácticas tradicionales de producción como la finca tradicional donde se concentra un intrincado ecosistema de comestibles, maderables y controladores ecológicos. Los monocultivos representan para las comunidades afrodescendientes un problema ético desde el punto de vista ambiental, económico y cultural y desde el punto de vista histórico. La insistencia del gobierno colombiano en imponer monocultivos en los territorios colectivos de comunidades afrodescendientes es una afrenta contra su moral y su ética”.

Si bien los cultivos de palma en Tumaco se implementaron a mediados de los años 70 del siglo XX, mediante la presión y modalidades coercitivas o cruentas, a partir de 1999 los promotores de la palma emprenden una nueva estrategia para acceder al territorio, que complementa la anterior. En 1999 se crea la Corporación para el Desarrollo Agroempresarial de Tumaco, Cordeagropaz; ésta es una entidad mixta creada para promover las llamadas “alianzas estratégicas”. Estas alianzas han desconocido el aval de las Juntas Directivas de los Consejos Comunitarios, organizando a pequeños cultivadores de palma aceitera en empresas asociativas alternas a los Consejos. Cordeagropaz, a través de recursos USAID, promueve la mediación entre el gobierno, bancos y empresas palmeras, violando normas elementales de la legislación étnica especial. Estas alianzas, auspiciadas por Cordeagropaz, buscan intensificar la plantación agroindustrial de la palma en medio de territorios titulados colectivamente, creando los mecanismos necesarios por medio de asociaciones que no tienen el aval para decidir sobre el territorio.

Estas asociaciones no son más que la expresión de relaciones desiguales entre el capital y la gente local, donde los nativos colocan su tierra y su trabajo al servicio de este cultivo, mientras se endeudan y ponen en riesgo no sólo su cultura y su soberanía alimentaria, sino su propio territorio: hay que vaciar los territorios para que la palma se expanda. Se entiende, pues, que la desterritorialización por medio de la apertura y dinamización de megaproyectos a que están sometidas las comunidades negras es una estrategia para debilitar el control que éstas empezaron a desarrollar a partir de la titulación colectiva y la instalación de los Consejos Comunitarios como instancias administrativas del territorio. En esa medida, el fortalecimiento de los Consejos Comunitarios y su reconocimiento como entes que gobiernan su propio territorio, no sólo como organizaciones de base, introduciría nuevos elementos en las discusiones que se plantean entre las políticas gubernamentales y las comunidades afrocolombianas.

Y el diablo viene con sus demonios

Múltiples políticas que buscan integrar las comunidades negras con el resto del país están basadas en megaproyectos que no sólo agreden la ancestralidad en los territorios de estas comunidades, sino que intensifica los conflictos y amenazan el medio en el que éstas viven. Las propuestas son generadas en base a requerimientos económicos de fuera, sin consultar con las comunidades las iniciativas que éstas mismas desean generar en sus parcelas.

La incursión de cultivos ilícitos en varias zonas del Pacífico Sur ha focalizado y recrudecido el conflicto armado: los distintos bandos luchan, con la población civil en medio, por el control del territorio. En medio de esta violencia, surgen las supuestas “propuestas alternativas” por parte del gobierno, propuestas que no tienen más asidero que la penetración a los territorios y el desalojo de sus gentes, concretando modelos hegemónicos, trazados a partir de los intereses del gran capital e inversión de multinacionales extranjeras, avaladas por tratados de comercio injustos y desiguales.

Los megaproyectos han venido surgiendo a manera de pretexto dentro de la política de erradicación de cultivos ilícitos generada por el gobierno colombiano. Entre ellos, y tal vez el más fuerte, es la implantación del monocultivo de palma aceitera para la generación de aceites comestibles y agrodiesel. La llegada de la coca por medio de agentes foráneos a algunas regiones del Pacífico Sur se ha convertido en el “karma” de las comunidades. Por un lado, están las fumigaciones con glifosato, hechas de forma indiscriminada, afectando tanto la salud de las personas como los cultivos de pancoger y la biodiversidad de los territorios. Las alternativas productivas agrícolas que se han generado y los cultivos que remplazan la coca, propuestos por el mismo gobierno, han resultado afectados por las aspersiones. Un caso concreto de esta afectación ha sido la comunidad de San José de Tapaje, corregimiento que hace parte del municipio del Charco.

Por otro lado, aparece el conflicto armado que ha dejado a la población civil en medio, violando el derecho internacional humanitario (DIH), y socavando la tranquilidad que se vivía en los hogares del Pacífico. Las comunidades asentadas en las márgenes del río Tapaje han tenido que soportar el flagelo de los grupos armados (legales e ilegales), instalados muy cerca de sus caseríos, perdiendo así el derecho a recorrer sus propios territorios y aprovechar sus riquezas naturales. Después de las seis de la tarde el río es una serpiente solitaria cuya corriente es el miedo.

A pesar de todo, en el Tapaje continúan viviendo aquellos que le temen más al desarraigo y a la nostalgia que a las balas. Mujeres, hombres, ancianos y niños siguen bañándose en las riveras del río, continúan cantándole a sus aguas y no dejan de sembrar plátano, caña y esperanza. Subsisten proyectos alternativos como los de la Asociación de Mujeres Afro Colombianas por la Paz (AMAC). Éste es un grupo de mujeres de San José de Tapaje que ha tenido que resistir a la amenaza constante contra sus propuestas agrícolas y culturales.

El río Tapaje es el epicentro de múltiples problemáticas, las mencionadas son sólo algunas de ellas. Al mezclarse la coca con los grupos armados, además de la población civil, las únicas afectadas son las comunidades y los territorios donde viven, dejando como consecuencia el desplazamiento forzado de multitud de familias.

Alternamente, el desplazamiento sufrido por las comunidades ribereñas del Tapaje ha asumido nuevos matices. “Los resistentes”, como se llaman ellos mismos, hacen parte de una nueva categoría dentro del fenómeno de desplazamiento, un desplazamiento también simbólico y psicológico que altera las dinámicas relacionales con el territorio y sus recursos, y que deja a los niños con el miedo instalado en los ojos y a los mujeres con el vientre vacío. Estas gentes no están catalogadas como desplazadas, por lo tanto no son prioridad dentro de las asistencias que brinda el gobierno nacional para las comunidades que sufren este flagelo.

“Los resistentes” no quieren abandonar su territorio, “su paraíso”. Acongojados se preguntan por qué el gobierno no ofrece otras alternativas, que no sea despedirse de sus hogares. Al contrario, reciben amenazas e instigaciones de todos los grupos armados, que los conminan a “vaciar el territorio”. Las únicas herramientas que desde la resistencia les han permitido subsistir y hacer frente a los embates de la violencia son su cultura y los procesos de etnoeducación que les han permitido apropiarse y hacer suyo el territorio a partir del amor a sus tradiciones y su cultura. Estos elementos son, en gran medida, el asidero de aquellos que muy valientemente deciden apostarle a la vida y su comunión con la tierra. Los cantos, la poesía y el baile son las armas de estos hombres y mujeres que le hablan al río y al canaleta, y que enfrentan de esta manera las balas que han pretendido sacarlos de sus hogares.

“Tanto quienes se desplazan como quienes se resisten pierden el derecho a ejercer libremente su ser cultural y social en la medida en que pierden autonomía para moverse libremente, mantener sus cultivos tradicionales, ejercer libremente su derecho a organizarse y participar políticamente e incluso divertirse y recrearse. Los habitantes del Territorio Región del Pacífico Sur viven en situación de confinamiento, secuestrados en su propio territorio, hostigados por lo que representan y lo que les pertenece”⁸.

Estos acontecimientos son los que caracterizan las políticas de despojo y alteración de los territorios que ancestralmente han pertenecido a las comunidades negras colombianas. Se percibe el asedio que tanto el estado como las empresas transnacionales hacen a las comunidades y territorios de esta región, reconocida mundialmente como la tercera más rica en patrimonio genético y, en general, en patrimonio natural.

Alguien que rece al diablo

La diversidad y la cultura de un universo inmenso y cantor está siendo amenazada por los monocultivos para agrocombustibles, al igual que los megaproyectos destinados a generar un supuesto “desarrollo” para las comunidades. Estas iniciativas que afectan la naturaleza, los imaginarios geográficos, los mundos culturales, las tradiciones agrícolas y la belleza de un territorio amable y contagioso, es toda una afrenta a la vida. En muchas comunidades como Bahía Málaga o San José de Tapaje se sigue luchando por alternativas que permitan mejorar las condiciones en las que viven todos y todas, conciliando a las comunidades con su medio ambiente y con las tradiciones de los mayores.

Por último, queda sólo recordar cómo río arriba nos topamos con los hombres y las mujeres de la resistencia cantada. Estaban allí, mojando la ropa y el vientre con las aguas del río, alegrando los días con biche recién hecho y jugo de “naidy”. Contemplando la espina de pescado que deja el

⁸ Comentario hecho por Charo Mina en su reporte “La diáspora africana en Colombia está en la mira de una estrategia de extinción”.

hambre y los químicos esparcidos sin distingo. Allí, el color desabrido de la piel se vuelve tierra, y es entonces cuando se nos oprime el pecho por el desarraigo y la nostalgia apresurada de aquellos que no pueden recorrer su territorio y recrear su tradición libremente.

A pesar de no tener tierras ancestrales y colectivas, de no saber “ahogar” un canaleta, de no distinguir el sabor de la “pepa e’ pan” y de no tener un río atravesándonos el recuerdo, fuimos acogidos por este territorio y sus gentes: las mujeres nos cantaron un arrullo y nos condimentaron la lengua con chillangua y chillarán; las músicas locales nos recordaron la arritmia de nuestros pies bajo el sonar de una marimba; y las comunidades nos encomendaron gritar a los cuatro vientos todo el dolor y la injusticia que viven en sus propias tierras. Así se vive en el Pacífico, así se vive en medio de la guerra, exorcizando las balas y los intrusos con rezos y cantos.